

evidencia de los hechos, que se trama vuestra ruina, entonces la cólera sin duda os hará correr á la venganza. Pero temo que, habiendo vuestros embajadores ocultado en el silencio todo lo que su conciencia les denunciaba como encaminado á la obra de su corrupcion, vuestro enojo caiga sobre los ciudadanos que se esfuerzan en reparar una parte de los males que esa misma corrupcion ha producido. Porque veo entre vosotros más de uno que se halla pronto á descargar su furor, no sobre el culpable, sino sobre la primera víctima que alcance su mano.

Así, mientras que la tempestad se forma sin estallar todavía; mientras que tomamos consejo los unos de los otros, yo quiero, á pesar de la notoriedad pública, recordar á todos los ciudadanos el hombre cuyas sugerencias os hicieron abandonar la Fócida y las Termópilas: resolución funesta que abriendo al Macedonio los caminos de Atenas y del Peloponeso, os ha reducido á deliberar, no sobre los derechos de la Grecia, ni sobre los asuntos del exterior, sino sobre vuestro propio territorio y sobre la guerra contra el Atica; guerra cuyas calamidades no se tocarán hasta que haya empezado la lucha, pero que datan del día de la traicion; porque si desde entonces no hubiérais sido pérfidamente engañados, Atenas no tendría ahora nada que temer. Demasiado débil por mar para intentar un desembarco en el Atica, y por tierra para apoderarse con las armas de las Termópilas y de la Fócida, ó Filipo inmóvil habría respetado la justicia y renunciado á la guerra, ó habría permanecido con las armas en la mano en las mismas posiciones que le habian obligado antes á desear la paz.

He dicho lo suficiente para despertar vuestros recuerdos. ¡Libradnos, dioses inmortales, de la prueba más evidente de tantas perfidias! ¡No, contra ningun culpable, aunque mereciese la muerte, provocaría yo un castigo comprado á costa del peligro de todos, á costa de la ruina de Atenas!

OCTAVA FILÍPICA Ó DISCURSO SOBRE EL QUERSONESO.

Introduccion.

Se acababa de llevar al rey de Macedonia una copia de la sesta Filípica. «Yo habria dado mi voto á Demóstenes para hacerme declarar la guerra, dijo despues de leerla, y le habría nombrado general.» (1) Animados por esta elocuencia, los atenienses iban á unirse con los lacedemonios. Filipo, que no queria tener á su frente dos enemigos tan poderosos, aparentó renunciar á su empresa sobre el Peloponeso, y dirigió sus armas hácia la alta Tracia, donde hizo muchas conquistas.

El general ateniense Diófito y las acusaciones que se le dirigian por algunos de sus compatriotas, con el objeto de la arenga siguiente: (Olimpiada 109, año 3, correspondiente al 342 antes de Jesucristo.) «Desde muchos años, dice Libanius, los atenienses poseian el Quersoneso de Tracia, á donde en tiempo de Filipo habian enviado una colonia. Había la antigua costumbre de que los ciudadanos pobres, que no tenian nada en el Atica, fuesen trasladados á las ciudades que la República poseia fuera de su territorio, armados y costeados por el Tesoro público. Así, en las circunstancias de que hablamos, se enviaron colonos al Quersoneso, puestos á las órdenes del general Diófito. Bien acogidos por los antiguos habitantes, recibieron tierras y casas; pero fueron rechazados por los cardenses que pretendian que era suyo aquel territorio y no de Atenas. Atacados por Diófito, buscan un apoyo en Filipo, el cual escribe á los atenienses pidiendo que no hicieran violencia á sus amigos, y que reclamaran

(1) ¡Demóstenes general! El mismo protestó en Queronea contra este voto de confianza. Otra frase de Filipo, referida por Plutarco, nos indica que este dicho debe tomarse en sério. «Los discursos de Isócrates, decia, huelen á la espada; los de Demóstenes respiran la guerra. (Nota de Stievenart.)

contra ellos si se creían ofendidos; pero contando con la negativa del Pueblo, envió socorros á los cardienses. Entonces Diófito indignado, aprovechándose de la ausencia del Príncipe, que estaba en la alta Tracia haciendo la guerra al Rey de los Odrisos, cae sobre la Tracia marítima que dependía de Macedonia. La asola, y antes de que vuelva Filipo se replega sobre el Quersoneso y se pone al abrigo de todo ataque. En la impotencia de vengarse por medio de las armas, el Monarca dirige á los atenienses una nueva queja, y acusa á su general de una violación flagrante de la paz. Los oradores *filipistas* se desencadenan contra Diófito, y piden su castigo; pero Demóstenes se levanta para combatirlos y establece la defensa sobre estos puntos: 1.º La conducta de Diófito no tiene nada de injusta. Filipo ha sido el primero en romper las hostilidades y faltar á la paz, por su comportamiento inícuo con una ciudad que depende de Atenas. 2.º Es contrario á los intereses de la República el castigar á su general y licenciar un ejército que mantiene á Filipo detenido á la entrada del Quersoneso. El orador exhorta á los atenienses á la guerra y acusa con energía al Macedonio de ultrajar la justicia y la fé de los tratados y de conspirar sordamente contra Atenas y la Grecia.»

Discurso.

Convendría, ¡oh atenienses! sobre todo cuando deliberáis sobre un asunto de la más alta importancia, que vuestros oradores se abstuviesen de toda frase parcial ó apasionada, y que espusieran simplemente la opinión que les pareciese más saludable. Pero puesto que muchos de ellos suben á la tribuna para sostener altercados hijos de la envidia ó de otros motivos personales, á ti, Pueblo, toca rechazar todas esas cuestiones injuriosas, y decretar y cumplir lo que juzgues útil al Estado.

¿De qué se trata hoy? Del Quersoneso y de la expedición que desde hace cerca de once meses verificaba Filipo en la Tracia. ¿Qué asunto han tratado casi todos los oradores? Las operaciones y los proyectos de Diófito. Pero creo que, cuando se acusa á uno de vuestros generales, que podreis castigar siempre en nombre de la ley, ya sea un poco antes ya un poco despues; creo, repito, que no

puede haber urgencia, y no comprendo por qué hemos de luchar hasta el último extremo sobre esté asunto. Lo que Filipo, nuestro enemigo, se esfuerza y se apresura por arrebatarlos, puesto á la cabeza de un ejército poderoso que costea el Helesponto; lo que perderemos de seguro si nos toma la delantera, es lo que debe llamar hoy nuestra atención y sobre lo que interesa tomar medidas prontas, sin que os distraigan de este objeto debates estraños á él, ni turbulentas recriminaciones.

Atenienses; frecuentemente se manifiestan aquí proposiciones que me asombran; pero nada me ha sorprendido tanto como oír afirmar últimamente en el Consejo, que los oradores debían opinar resueltamente por la guerra ó por la paz. Sí, sin disputa; si Filipo permanece tranquilo, si no viola los tratados, si no se apodera de ninguna de nuestras posesiones y si no arma todos los demás pueblos contra nosotros, conviene cerrar la discusión, conviene no romper las hostilidades: de vuestra parte no veo ningún obstáculo que lo impida. Pero si las condiciones de la paz jurada están en nuestra memoria y descansan en nuestros archivos; si es notorio que aun antes de la partida de Diófito y de la colonia que se acusa de haber encendido la guerra, Filipo había ocupado inicuamente muchas plazas atenienses; si contra sus atentados son vuestros propios decretos una protesta enérgica; si desde entonces siempre ha tenido preparados á los griegos y á los bárbaros para hacerles estallar de pronto contra nosotros, ¿qué se pretende al decir que es necesario declararse por la guerra ó por la paz? ¡Oh! ya no es posible la elección: un solo partido nos queda, eminentemente justo y necesario, que es el mismo de que se procura alejarnos. ¿Qué partido es este? El de rechazar al agresor; á menos que los oradores á quienes impugno digan que Filipo no insulta á Atenas ni nos hace la guerra, mientras que no toque al Atica ni al Pireo. Si de este modo fijan los límites de la

justicia, si así ensanchan el horizonte de la paz, ciertamente que el carácter impío, escandaloso y aun amenazador de sus máximas indignará todos los corazones. Hay más aun: semejante lenguaje en su boca, refuta las acusaciones que dirigen contra Diófito. Porque, ¿cómo permitimos á Filipo hacerlo todo, con tal que no invada la Atica, si no es permitido á Diófito socorrer á los tracios sin acusarle de haber renovado la guerra? Pero, ¡por Júpiter! dicen los acusadores, se han cometido crueldades por nuestras tropas extranjeras que asolaban el Helesponto; Diófito asaltó las naves, faltando al derecho de gentes, y nuestro deber es reprimir estos desórdenes. Suscribo á ello. Veo que solo el interés de la justicia ha dictado este consejo; pero hé aquí mi opinion: abogais por la disolucion de nuestro ejército, difamando aquí al general que ha encontrado los medios de sostenerlo. ¡Pues bien! probad que Filipo tambien licenciara sus tropas, si la República acepta vuestro dictámen. Si mis adversarios no prueban esto, ved atenienses, que nos colocarán de nuevo en la situacion que hasta ahora ha perdido todos nuestros asuntos. Ya lo sabeis, nada ha procurado á Filipo más ventajas sobre nosotros que su diligencia en tomarnos siempre la delantera. Constantemente á la cabeza de un ejército en pié de guerra, sin apartar la vista de su proyecto, se lanza de improviso sobre el enemigo que ha escogido: nosotros, al contrario, no empezamos nuestros tumultuosos preparativos hasta despues de haber recibido la nueva de las invasiones. Así, ¿qué es lo que sucede? Que Filipo queda pacífico poseedor de lo que ha ocupado, y nosotros, que llegamos demasiado tarde, perdemos nuestros gastos, y solo conseguimos mostrar al enemigo nuestro ódio y nuestro deseo de rechazarle: ¡fatal lentitud que nos arruina y nos deshonor!

Abrid, pues, los ojos, ¡oh atenienses! Cuanto hoy se os dice es vana y fingida palabrería: se conspira para que,

estando ociosos dentro, y desarmados fuera, dejéis á Filipo en plena seguridad de arreglarlo todo á su capricho. Examinad lo que sucede ahora. Este Príncipe está en la Tracia á la cabeza de un poderoso ejército, y si hemos de creer á testigos oculares, pide grandes refuerzos de la Macedonia y la Tesalia. Si despues de haber aguardado los vientos etesios cae sobre Bizancio y la asedia, ¿pensais que los bizantinos persistirán en su ceguedad no llamándoseos ni solicitando vuestro apoyo? Por mi parte no puedo creerlo. Lejos de esto, aunque se tratase de un pueblo que les inspirase más desconfianza que nosotros, los recibirian en su ciudad, á menos que una pronta reduccion se lo impidiera, más bien que entregarla al tirano. Tan luego, pues, como nuestras naves no puedan salir del puerto, ni tengamos socorros prontos á marchar, no habrá nada que pueda preservarles de su ruina. ¡No, por el cielo! se dirá; ahora tambien, estraviadas por un génio funesto, esas gentes llevarán su locura más allá de todo límite. Estamos de acuerdo; ¡pero no es menos cierto que es preciso salvar á esos insensatos porque vá en ello la salud de Atenas!

Por otra parte, ¿quién nos dice que Filipo no se dirigirá sobre el Quersoneso? Leed de nuevo la carta que os ha escrito y vereis cómo habla de vengarse de este país. Ahora nuestro ejército podrá defenderlo y atacar sus Estados; pero desorganizado y disuelto, ¿qué haremos si marcha contra la Península? Pues á pesar de todo, se añadirá, hemos de juzgar á Diófito. Pero considerad, responderé, que los sucesos están muy adelantados. Haremos partir socorros de Atenas. ¿Y si los vientos hacen la navegacion imposible? Pero aunque así sea, Filipo no se atreverá á atacar. ¿Quién os responde de ello?

¿Veis, atenienses, á principios de qué estacion se os aconseja evacuar el Helesponto y dejarlo abandonado al Príncipe? Pues hay más todavía: si á su vuelta de Tracia

deja el camino de Bizancio y el Quersonero, (calculad aun esta contingencia) y se dirige á atacar á Calais ó Megara, y en último término la ciudad de Oreos, ¿qué os parece mejor, tener que combatirle en estos puntos dejando así que la guerra que se aproxime al Atica, ó distraerle á gran distancia de nosotros? Por mí, abrazo este último partido.

Conocidos estos hechos y estas reflexiones, lejos de esforzaros en denigrar y disolver el ejército que Diófito se afana por conservar á la República, debeis, por el contrario, proporcionarle nuevas tropas, dinero y municiones: Que se pregunte á Filipo: «Entre que las tropas mandadas por Diófito, cualesquiera que sean, (pues esto no lo disputo aquí) se presenten vigorosas, elogiadas, reforzadas y socorridas por Atenas, ó que sean al contrario desmembradas y disueltas por ceder á las calumnias de algunos delatores, ¿qué preferis? Opto, responderá sin vacilar, opto por su desmembramiento.» ¡Así, lo que Filipo pediria al cielo con afan, hay aquí hombres que se lo preparan! ¡Y todavía buscáis lo que ha arruinado todos vuestros asuntos!.... Pues bien; orador independiente, voy á hacer esta indagacion sobre el estado de la pátria; voy á pasar revista á nuestras acciones y á nuestra conducta con nosotros mismos.

No tenemos ni la voluntad de pagar, ni el valor de combatir, ni la fuerza de renunciar á las gratificaciones del tesoro para proporcionar fondos á Diófito; en vez de aplaudir los recursos que se ha creado, lo desacreditamos con una inquisicion odiosa de los medios que empleará, de las operaciones que prepara, y de todo, en fin, cuanto le concierne. Dispuestos de este modo, abandonamos la carga de nuestros propios negocios; pródigos de palabras, alabamos á los ciudadanos que elevan su acento por el honor de la pátria; pero en seguida que se trata de hacer algo, corremos á engruesar las filas de nuestros adversarios. En todas las deliberaciones se os vé preguntar al

orador que sube á la tribuna: *¿Qué es necesario hacer?* Yo os preguntare á mi vez: *¿Qué es necesario decir?* Porque si no ayudais al Estado con vuestras personas ni con vuestro dinero; si no cesais de disponer para vosotros de los fondos públicos y de rehusar á Diófito las subvenciones legales y la facultad de recurrir á otros medios; si, por último, no quereis cuidar de vuestros intereses, no puedo hacer más que reducirme al silencio. ¿Hay algun consejo posible cuando dais rienda suelta á la delacion, á la calumnia, hasta el punto de oir acusaciones anticipadas contra lo que se presume que hará vuestro general? Pero ¿qué resultados nacerán de esta conducta? ¡Oh! preciso es revelarlos á algunos de vosotros. Nada encadenará mi lengua; la disimulacion me es imposible.

Todos los generales que salen de vuestros puertos (lo garantizo con mi cabeza) reciben dinero de Chios y de Eritrea, y de todos los griegos del Asia que se prestan á dárselo. La contribucion es proporcionada al número de las naves que envian; pero sea grande ó pequeña, ¿pensais que es gratuita? No, estos pueblos no son tan insensatos; con ella compran la libertad, la seguridad de su comercio marítimo, el derecho de hacer escoltar sus buques y otras diversas ventajas; pero si se les oye, hacen estos donativos por pura amistad; llaman regalos á sus liberalidades interesadas. Pues bien, viendo hoy á Diófito á la cabeza de un ejército, todos le pagarán los subsidios, nada hay más seguro. Porque si no recibe nada de nosotros y si no puede por sí mismo sostener el ejército, ¿de dónde quereis que saque para la manutencion del soldado? ¿Del cielo? ¡Es cosa imposible! Vive, pues, de lo que toma, de lo que mendiga ó de lo que pide prestado. Así, acusarlo ante vosotros, es decir á todos los pueblos: «No proporcionéis nada á un general que vá á ser castigado por las operaciones pasadas, de que fué autor ó cómplice, ó por sus hechos futuros.» De aquí todas esas voces de: *¡Vá á tender un lazo!*

¡Vá á hacer traicion á los griegos! ¿Dónde están esos atenienses de corazon tan tierno para los griegos asiáticos? Ciertamente que es más viva su solicitud por el extranjero que por la pátria. De aquí tambien esa proposicion de enviar otro jefe al Helesponto. ¡Oh! si Diófito comete violencias, si asalta los buques, ¿por qué medios debereis contenerle? La ley ordena perseguir juridicamente al prevaricador, y de ningun modo armar contra él escuadras á costa de grandes suimas: esto sería el colmo de la locura. Contra nuestros enemigos, á los cuales no alcanza la accion de nuestras leyes, es contra quien se necesita sostener tropas, enviar buques é imponer subsidios; á ello obliga la necesidad. Pero, contra uno de nuestros ciudadanos, basta un decreto, una acusacion ó la galera paraliana: es lo único digno de un pueblo prudente; y los que os hablan de otro modo quieren vuestra ruina.

Es deplorable que haya en Atenas semejantes consejeros, pero no es esto lo peor. Vosotros, los que ocupais esos bancos, os hallais animados de las disposiciones más funestas. Cuando uno de estos arengadores sube á la tribuna y hace recaer todas nuestras calamidades sobre Diófito, Cares, Aristofonte, ó sobre cualquiera otro general, al instante estallan vuestros tumultuosos clamores gritando: *¡Tiene razon!* Pero que ún ciudadano verídico se aproxime y os diga: «No penseis tal cosa, atenienses; el único autor de todas vuestras desgracias, de todos vuestros males, es Filipo; si permaneciese quieto, Atenas estaría tranquila;» y aunque no podeis desconocer esta verdad, ¡cuánto os había de pesar el oirla! creeríais ver en quien tal os dijese á vuestro asesino. Pero hé aquí la causa de esto: os pido, ¡por el cielo! que me permitais decirlo todo: solo hablo para salvaros.

Desde hace mucho tiempo, gran número de vuestros ministros os han inducido á mostraros temibles y desconfiados en la Asamblea nacional, flojos y desprevenidos en

vuestros armamentos. ¿Se imputan las desgracias de la pátria á alguno de vosotros que sabeis está al alcance de vuestra mano? Aprobais la acusacion y saciais en él vuestra injusta venganza. Pero que se os denuncie un enemigo extranjero, al cual sea necesario vencerlo para castigarlo, y en seguida os sentis desconcertados: esta conviccion os irrita. Seria menester al contrario, atenienses, que vuestros ministros os enseñasen á ser humanos en vuestras deliberaciones, donde solo teneis que tratar con ciudadanos y aliados; y terribles é imponentes en vuestros preparativos de guerra, puesto que en este caso se emprende la lucha contra rivales y enemigos. Pero gracias á las serviles complacencias de esos demagogos, traeis aquí el hábito de ser lisonjeados, y solo prestais atencion á su dulce lenguaje, en tanto que vuestros asuntos y los sucesos del dia os colocan al borde de un abismo. ¡Oh! ¡Pongo por testigo á los dioses! ¿Qué responderíais si los helenos os pidiesen cuenta de tantas ocasiones perdidas por vuestra indolencia y os dijese: «Pueblo de Atenas, tú nos envias embajada tras embajada; tú repites que Filipo trama perfidias contra nosotros, contra la Grecia entera; tú prodigas los consejos y advertencias y clamoras que es preciso defendernos del usurpador?» ¿No tendríamos que asentir puesto que tal es nuestra conducta? Tambien podrían decirnos: «¡Oh el más cobarde de los pueblos! Mientras este hombre ha permanecido diez meses enteros lejos de la Grecia, detenido por la enfermedad, por el invierno, por la guerra, sin poder regresar á sus fronteras, ¿qué es lo que has hecho? ¿Has roto las cadenas de la Eubea? ¡No te atreves á penetrar en ninguna de tus mismas posesiones! Y él, á tu vista, estando tú ocioso y gozando de salud, (si es que merece este nombre al letargo que os consume) él ha puesto dos tiranos en la Eubea, situando el uno como un centinela contra el Atica, y el otro contra Esciatos. ¡Ah! lejos de atreverte siquiera á re-